

Notas y Documentos

LA FIESTA DE LA UNIVERSIDAD

El día 10 de mayo se efectuó la fiesta anual de la Universidad de Concepción con motivo de celebrar el 24° aniversario de su fundación. En el acto solemne que se celebró en el Salón de Honor el doctor Erico Meissner pronunció un elocuente discurso antes de proceder a la entrega de los premios «Universidad», «Tomás Olivieri», «Lucas Sierra» y «Colegio Farmacéutico».

El Premio Universidad que se otorga anualmente al mejor alumno egresado de cada escuela de la Universidad, correspondió a las siguientes personas:

Escuela de Ciencias Jurídicas y Soc.	Don Francisco Hoyos F.
Escuela Dental	Don Gonzalo Lazare
Escuela de Farmacia	Srta. Edwin Gildemeister
Escuela de Educación	Curso de Castellano Don Raúl Inostroza
	Curso de Inglés Srta. Catherine Grimsditch
Escuela de Ingeniería Química	Don Mauricio Jacobs
Escuela de Medicina	Don Guillermo Grant P.

El «Premio Olivieri» que se otorga al mejor alumno de la Clínica Médica del profesor don Guillermo Grant Benavente se concedió al señor Emilio Larson.

El Premio «Lúcas Sierra» que se ha establecido para el mejor alumno de la Clínica Quirúrgica de la Escuela de Medicina, se concedió al señor Carlos Ramírez Carrasco.

El Premio «Colegio Farmacéutico» que se otorga al mejor alumno de las cátedras de Farmacia, correspondió a la señorita Elena Mahuzier Anzorena.

Al término de la ceremonia de entrega de los premios pronunció el discurso de agradecimiento en nombre de los alumnos el señor Raúl Inostroza del curso de Castellano.

Damos en seguida los discursos de los señores Meissner e Inostroza:

Dijo el señor Meissner:

«Señor Presidente de la Universidad de Concepción, señor Intendente, señor ilustrísimo Arzobispo, autoridades civiles y militares, señoras, señores:

Cuando se me pidió de parte autorizada que hiciera uso de la palabra en el día de hoy, día solemne para la Universidad de Concepción, mis pensamientos se remontaron de inmediato hacia muchos años atrás, época en que iniciáramos un grupo de compañeros nuestra carrera universitaria. Fué un día lluvioso del año 21, de esos días pesados de fines de marzo, que suelen anticiparse al invierno y que llenan de inquietud nuestros espíritus; en estas circunstancias, entre varios muchachos, esperábamos nosotros en una salita sencilla, por no decir pobre, nuestro turno para matricularnos como alumnos en la joven Escuela Dental, una de las primeras escuelas con las cuales nuestra Universidad iniciara su gran obra de cultura.

Ustedes comprenderán, cuán emocionante es para mí poder ocupar hoy esta tribuna oficial de la Universidad, para hablar en nombre de ella, justamente porque he tenido la suerte y el honor de palparla como estudiante primero y como profesor después. Le es difícil a un hijo decir a su padre alabanzas en su presencia y sin embargo hay que dejar al César lo que es

del César, así no puedo menos que recalcar humildemente la labor de esta institución de fines e ideales tan superiores.

Con profunda emoción recuerdo a los hombres ejemplares, que más o menos 25 años atrás, tuvieron la patriótica idea, que se transformó en bella y palpable realidad, de fundar una Universidad, la actual Universidad de Concepción. Estos hombres, sin medir la grandeza de su obra, han hecho una labor patriótica y altruísta y han dado mucho más al Estado, a la sociedad y al pueblo, de lo que ellos imaginaran al crear esta obra magnífica. Ellos han abierto al sur de Chile nuevos horizontes, han hecho de la ciudad de Concepción la ciudad universitaria por excelencia, la que podemos comparar con orgullo de chilenos, por su posición geográfica y por su tranquilidad con ciudades universitarias europeas y de Estados Unidos. Es así, como en el tiempo de clases nuestras calles, los paseos y sobre todo el Barrio Universitario son animados con la presencia de los estudiantes, que con sus caras alegres y optimistas, que con su dinamismo característico de la juventud dan otra vida a nuestra ciudad; la vida ya clásica de las ciudades universitarias.

Todos sabemos también que cuando se fundó la Universidad de Concepción no se pensó que este joven sol, que desparramaba sus débiles rayos, en los primeros años de su existencia iba a tornarse en un plazo corto en un sol resplandeciente lleno de calor, que ya no sólo ilumina al sur de Chile, sino que también brilla con orgullo en toda nuestra República y aún más se irradia por las dos Américas,

Prueba elocuente de lo anteriormente dicho es el aumento progresivo y seguro de la matrícula en las diferentes escuelas universitarias, que hasta la fecha han podido cobijar en sus diferentes aulas, institutos y laboratorios aproximadamente, según un cálculo superficial, a 14,000 estudiantes, entre los cuales hay también muchos extranjeros, especialmente latinoamericanos, un porcentaje grande ha recibido su título profesional, que los acredita como profesionales eficientes y que ejercen en

sus diferentes especialidades en todos los puntos cardinales de la República chilena.

Desde Arica hasta Magallanes ya nos encontramos con ex alumnos que con orgullo lucen su insignia de la Universidad de Concepción, símbolo para ellos de preparación y progreso por un lado y de gratitud y orgullo por el otro. Ellos, con los conocimientos adquiridos en nuestras diferentes escuelas e institutos, ya salvan vidas, mitigan dolores, ya son jefes de industrias, ya profesores que cooperan en la labor educacional del Estado, ya químicos en laboratorios, ya abogados con ingerencias en los asuntos del Estado, ya investigadores que contribuyen con su abnegado trabajo mental y experimental a esclarecer intrincados problemas científicos en bien de la humanidad. Y en este trabajo cotidiano donde cada cual de los nuestros está en su puesto, con bases sólidas para afrontar los diferentes problemas de la vida, nos sorprenderá el próximo año, la fecha en que la Universidad de Concepción cumple 25 años de existencia, 25 años de obra constructiva en bien de los hijos de nuestro querido Chile. No es entonces extraño, que el Directorio de la Universidad de Concepción desee ver reunidos el próximo año a todos sus ex alumnos para celebrar dignamente sus bodas de plata. Creo que será la ocasión para fundar la Sociedad de Ex Alumnos de la Universidad de Concepción, con lo cual se estrecharán aun más los lazos de unión entre el alma mater de la Universidad y la totalidad de sus hijos espirituales.

Interesante es para nosotros analizar los primeros años de existencia de nuestra Universidad desde el punto de vista de la enseñanza, el alumnado y el confort. Los 150 a 200 estudiantes de los primeros cursos de las diferentes escuelas sabían perfectamente cuán difícil era la labor de los profesores en aquella época; no habían comodidades de ninguna especie, no había salas calefaccionadas, no había suficiente material de enseñanza, no había bibliotecas, etc., en total, no se disponía casi de nada

que pudiera ayudar al alumno a facilitar sus estudios; y sin embargo creo que justamente éstos, los primeros cursos de la Universidad tienen los mejores recuerdos de aquel tiempo difícil. Los alumnos de aquel entonces comprendieron en todo su sentido la ardua labor de sus profesores y cooperaron con ellos, aceptando el estado de cosas con un alto espíritu de comprensión: se daban cuenta la mayoría de ellos, que la creación de la Universidad de Concepción tenía que ser algo superior, y ayudar a la labor del Directorio, de los profesores, era ayudar a cumplir el programa que la Universidad se había trazado. Recuerdo al respecto, cuando la Escuela Dental funcionaba en su antiguo local en calle Tucapel esquina San Martín, cómo los efectos del invierno nos hacía palpar su rigurosidad dentro de la misma clínica donde se atendía al público: en una ocasión cuando las lluvias caían en forma despiadada sobre el techo, que por muy buena voluntad que tenía, dejaba pasar el agua, que caía sobre alumnos y pacientes, como queriendo ir en ayuda de estos últimos para acortar la sesión; un paraguas nos protegía entonces contra este elemento, que tanto nos hacía sufrir durante la atención de nuestros pacientes en tales circunstancias. Este es sólo un ejemplo de entre los muchos que podría citar para narrar las dificultades y la buena voluntad que tenían educadores y educandos de aquel entonces.

El desvelo de todos aquellos hombres para llevar a cabo la creación de la Universidad y de aquellos, que han colocado piedra sobre piedra para hacer efectivo lo que sus fundadores se habían propuesto realizar, está por coronarse con el mayor de los éxitos. Para observar el estado actual de nuestra Universidad desde el punto de vista científico, espiritual, material y moral, para que sus iniciadores puedan sentirse satisfechos y orgullosos de su obra. Observemos nuestro Instituto Odontológico, que ha alcanzado un pedestal sobresaliente a través de los años; observemos el Instituto de Farmacia, la Escuela de Ingeniería Química, la Escuela de Medicina, la de Pedagogía y

la Escuela de Leyes: observemos el Departamento de Agronomía, la Biblioteca Central, todos los Institutos y Laboratorios y compenetrémonos un corto instante de la labor que se ha desarrollado y que está por ejecutarse y tendremos que darnos cuenta de que la Universidad, tal como la vemos en la actualidad, cumple ampliamente con sus requisitos y su finalidad. La Biblioteca que mes tras mes cuenta con nuevos volúmenes y con nuevos lectores, es una facilidad más que tienen los habitantes de Concepción para perfeccionarse y cultivar su espíritu; esta fuente de ciencia, literatura y cultura como lo demuestra la última Memoria de la Biblioteca Central del año 1942 ha hecho 35.918 servicios al público durante este período y esto en una ciudad que cuenta apenas con 100,000 habitantes es todo un éxito y habla por sí solo.

Muy pronto tendremos a disposición de nuestros alumnos la Casa del Deporte, otro esfuerzo más de la Universidad, que siempre está atenta al bienestar de sus estudiantes y celosamente cumple sus disposiciones al respecto; basta recordar el Departamento de Bienestar Estudiantil para darnos cuenta de ello.

La Extensión Cultural es otra fuente más de savia espiritual, que se le brinda al culto pueblo de Concepción por intermedio de sus conferencistas, que con cortos intervalos ocupan la tribuna en el Salón de Honor de nuestra Universidad. Así nuestro plantel educacional demuestra su espíritu amplio y justo y la inscripción del escudo de la Universidad; *Por el desarrollo libre del espíritu*, encuentra amplia justificación. Los hombres de ciencia, los literatos, sin distinción de colores políticos y religiosos tienen abiertas las puertas de la Universidad de par en par, para transmitir al público sus ideas y sus conocimientos. Por fin no puedo dejar de nombrar a la Lotería de Concepción, que con su honradez ejemplar y su organización única vela constantemente por los intereses económicos de nuestra Universidad. Gracias a esta organización y gracias también

a la colaboración de todos los habitantes de Chile, se le ha podido dar vida propia a la Universidad de Concepción, la que en su afán de perfección y superación, no ha escatimado sacrificios contratando profesores especializados extranjeros y chilenos y dotando a los modernos edificios con todo lo necesario para la enseñanza. Y frente a todas estas actividades educacionales vemos la figura destacada y recia de nuestro Presidente don Enrique Molina G., que con su tino especial de hombre filósofo ha sabido guiar los destinos de la Universidad, junto con sus colaboradores, por un sendero minado de incompreensión al principio; pero que gracias a su vigorosa personalidad ha podido eliminar del camino todas las dificultades, asegurando así a la Universidad de Concepción un porvenir risueño y respetado en el mundo científico en general.

Después de este corto resumen con el cual he querido recalcar la labor de nuestra Universidad quiero terminar mi modestas apreciaciones con algunas palabras dedicadas al estudiantado universitario penquista.

Desde hace algunos años se otorga en el día de hoy, día de la Universidad de Concepción, los premios Universidad a los mejores alumnos de las diferentes Facultades, como también los premios «Tomás Olivieri» y «Lucas Sierra». Señores estudiantes: en todas las actividades humanas, de cualquier índole que sean, debemos siempre anhelar no quedar al margen del estricto cumplimiento del deber; con honradez acrisolada debemos proceder, y demostrar interés especial por todos los problemas que se nos presentan a fin de tener una superación de nosotros mismos, dando así todo aquello de que se es capaz para colaborar a una causa común, la colaboración al Estado. Nuestra patria necesita hombres fuertes de cuerpo y alma, necesita hombres de acción, hombres que no pierdan oportunidad para contribuir al engrandecimiento de la nación. Si ustedes señores estudiantes siguen asumiendo tal actitud dentro de la Universidad, ustedes demostrarán ser ciudadanos que

comprenden los deberes para con la Universidad, el Estado, la sociedad y para con ustedes mismos.

Ahora si entre ustedes hay aún algunos que sobresalen, con justicia son acreedores entonces a los premios anteriormente nombrados y que distinguen a los mejores alumnos. Son ustedes entonces motivo de orgullo para los compañeros en general quienes deben también estar satisfechos de ver salir de entre sus filas estudiantes, que por su esfuerzo, inteligencia y constancia sean merecedores de distinciones especiales. Señores estudiantes premiados, tengo el honor de felicitaros en nombre del Directorio de la Universidad y en nombre de vuestros profesores y abrigo la esperanza de que estas distinciones sean para vosotros un estímulo para el futuro y que recordéis con cariño de hijo los tiempos de estudiantes.

No puedo antes de terminar, dejar de recordarles aquel lema de la Universidad que dice: *Sin verdad ni esfuerzo no hay progreso*, lema que todo estudiante, futuro profesional, debe tener grabado en su memoria y cultivarlo como algo sagrado en bien de la colectividad.

He dicho».

El siguiente es el discurso del señor Inostroza:

Señor Rector, distinguidas autoridades, señoras y señores:

«Desde el fondo del corazón surge un efluvio que inunda nuestro pecho como las olas de un mar tempestuoso. Extrañas sensaciones recorren nuestro cuerpo, y nuestra voz propala entorpecida lo que quisiéramos expresar serena y firmemente. Es la angustia de la forma que no logra contener el cauce inmenso de las emociones, cuando éstas tienen el carácter de inefables. Es el ambiente de excelsa espiritualidad que respiramos en este instante solemne. Es, en fin, el conmovedor espectáculo de una juventud que acude presurosa a rendir homenaje a sus benefactores en las aras de su templo máspreciado.

Alzamos hoy la antorcha que ilumina nuestras mentes y entonamos un himno de justa recordación a los trabajadores del espíritu que formaron con sus puños el sendero por donde marcharía la juventud sureña en un perpetuo renacer de esperanzas humanas. Con paciencia inigualada fueron ellos desbrozando el camino hasta dejarlo expedito y, cual dioses de la antigua Grecia, diéronle a esta ciudad el sello inmarcesible de juventud que significa la luz en las potencias del alma, energía inagotable en las acciones. Y, porque alzaron un templo en que se forjan las generaciones en cuyas manos está el destino de la patria, hay para ellos, en todo tiempo, una palabra de veneración y de respeto. Grecia pasó a ser inmortal, porque estuvo poseída de espíritu joven y Homero cantó en sus himnos una alabanza a esa «apiñada muchedumbre de jonios en Delfos, que parecía no envejecer jamás».

¡Veneración a estos hombres de elevadas aspiraciones, que secundaron la actitud hidalga de nuestro Rector y entraron a la lucha dispuestos a bregar con recto ataque, ceñida al cinto la espada del Quijote, alta la frente y entreabiertos los labios por serena sonrisa, como entraban a la lid los guerreros antiguos, según se advierte en las crónicas heroicas de los conquistadores!

Y ante la honorable personalidad de don Enrique Molina, a quien se ha dado el nombre de «maestro de América», no sabemos sino inclinarnos con filial respeto y evocar, conmovidos, estos versos del poeta:

«Mendigo de justicia, romero de ilusiones,
desfacedor de entuertos, rimador de emociones
fuente de pura devoción».

Eso es él. Y, mañana, los que sepan apreciar la virtud y el talento, asociarán su nombre al de los grandes maestros que, como Bello, Salas y Amunátegui, sirvieron sin descanso a su

pueblo y trabajaron silenciosamente, durante toda su vida, para enseñar a las juventudes el camino de la verdad y de la justicia.

Cuando cruzamos los umbrales de nuestras escuelas, íbamos ansiosos por descorrer el velo del horizonte inmenso que presentaban las carreras señaladas por nuestros gustos y aptitudes; y, en verdad, era emocionante ver a una generación que marchaba entusiasmada al encuentro de un futuro promisorio. Tal vez cumplimos la jornada porque había en nuestros espíritus el entusiasmo y la esperanza propios de las almas que se entreabren al soplo de la vida o porque admirábamos con Kant «el espectáculo del cielo estrellado sobre nuestras cabezas y el sentimiento del deber en el fondo de nuestros corazones».

Llegamos hasta la Universidad con el ánimo dispuesto a encontrar la ruta por donde caminar con paso firme y seguro hacia el progreso y al calor de las aulas universitarias vivimos tal vez los momentos más hermosos de nuestra existencia. Encontramos allí la amistad de nuestros compañeros, la comprensión de nuestros profesores y la aplicación de un criterio amplio y ecuánime de parte de todas las personas que tienen a su cargo el movimiento vital de nuestro Instituto de Cultura. Sólo así puede el hombre ir a ocupar sin temor el sitio que demanda una «eficiencia social» completa. Sólo de esta manera es posible escapar al dictamen odioso o a la sentencia estrecha, que ahogan y sacrifican la libertad del pensamiento humano.

¡Rindamos homenaje a este augusto santuario en que no triunfan las pasiones humanas y donde los asuntos del alma se resuelven con un fondo sereno, sincero y justo!

La Universidad ha representado y representa, hoy más que nunca, el refugio seguro para las fuerzas del espíritu. Recordemos que cuando apenas despertaba el día luminoso de la cultura espiritual, y éste se vió ensombrecido por las tinieblas de la barbarie, hubo un lugar en quietud donde letrados y escri-

bas monacales guardaron el tesoro de la filosofía y de la ciencia, contenido en los códices que esperaban sólo el grito salvador de Gutenberg para sacudir el polvo de los años y prodigar su luz potente al mundo:

Así también nosotros buscamos este lugar de quietud y al encontrarlo custodiamos su entrada cual fieles guardianes, porque sabemos que en él se regocijan como en verde vergel de frescura virgiliana las almas apacibles que anhelan saciar su sed en las fuentes de Castalia.

Clavemos en el pórtico de este patrimonio del espíritu una imagen luminosa y triunfal que clame a los cuatro puntos cardinales, con voz profética y humana, como si fuera un verso de Walt Whitman: ¡Aquí no tiene entrada la universal locura que arrebatara los ánimos en nuestro tiempo! No pasarán aquellos que pretenden asentar oriflamas de odios sobre sentinas de escombros o mar de podredumbres, para afianzar su orgullo y su soberbia, quemando al paso las hierbas del camino con una ola de sangre, lágrimas y cieno! ¡De nuestro templo augusto, los vestigios brutales de Moloch y Caliban están proscriptos!

Amamos el placer inagotable que proporcionan las actividades superiores de la inteligencia, sublimadas en el fuego creador de los poetas, en las especulaciones de los filósofos y en las investigaciones de los hombres de ciencia. Llevamos prendido en el rincón más claro de nuestros corazones, el recuerdo impercedero de la actividad consagrada a un modo de cultura en las aulas universitarias, pues esa actividad, esa cultura constituyen el grito más potente de Humanidad que pueda lanzar el hombre, y encierran en sí la nota fundamental que origina la armonía a cuyos compases gira el Universo entero.

Mientras el mundo arde y se desangra en una guerra fratricida, quedan aún lugares tranquilos como el nuestro, donde se rinde culto a los principios fundamentales de la Libertad y de la Justicia. Aunque no nos sea posible permanecer como

cierto personaje ruso que—absorto en sus investigaciones científicas—no se había percatado de la Revolución que afuera estallaba, produciendo tempestades y remolinos de furia, hasta el extremo de llegar a exclamar: ¡«Para qué harán tanto ruido...!»». Es indudable que semejante actitud de aislamiento parecería absurda en nuestros tiempos, en que importa a las Universidades de América conservar el patrimonio espiritual heredado de la vieja Europa y es un deber de los americanos entregar remozados los principios recibidos de brazos de la tradición, cuando cese el torrente de odios y pasiones, que azotan despiadadamente al mundo. Por sobre la borrasca de los acontecimientos actuales, se alzan las Universidades americanas—y entre ellas la nuestra—atisbando la luz de la Verdad—que desata nuestras cadenas—mediante los procesos de la Filosofía y de la Ciencia.

Pero llega la hora de partir y nuestros corazones están abiertos para dar paso al torrente de emociones que causan las despedidas de esta naturaleza.

Sentimos que un pedazo de nosotros queda enredado en el aula magna de nuestra Universidad. Sabemos, sin embargo, salir a enfrentarnos con la vida dispuestos a luchar valientemente hasta obtener el logro total de nuestras más caras aspiraciones. Estamos ciertos de que poseemos la ansiosa fe de un ideal constantemente renovado y, si ahora dejamos las aulas universitarias, el entusiasmo que impulsa a nuestros espíritus provocará en nosotros ese afán de perfección que hace al hombre remozarse, para seguir el ritmo de la naturaleza en sus perpetuas mutaciones.

Tengo el alto honor, señores, de traer a esta tribuna un mensaje ferviente de mis compañeras y compañeros, laureados con los premios «Universidad», «Tomás Olivieri» y «Lucas Sierra». Al hacerlo, no diré frases elocuentes en obsequio del galardón que nos otorga. El período más pomposo difícilmente

exprimiría todo el sentimiento contenido en las almas que acababan de recibir semejante demostración de benevolencia.

Quiero más bien proferir el término preciso que fluye a flor de labios, para representar mis propios sentimientos y los de mis compañeras y compañeros premiados.

Resuene en vuestros oídos, con todo el calor de su aceptación más íntima, esta sola palabra: «¡gratitud!»